

Juan Manuel Cabiedas. *La encarnación de la fe. Empatía subjetiva y experiencia cristiana*. Sígueme, 2024, 252 pp. ISBN: 978-84-301-2213-4.

Dice Balthasar que “Si Cristo es verdaderamente la Palabra de Dios a los hombres, [...] no existe ninguna teología en sentido pleno y total que no sea cristología y antro-po-logía” (“Dios habla al hombre”, en *Verbum Caro*). Y es justamente de esto, de Cristo y del hombre, de lo que trata el libro del sacerdote y teólogo toledano Juan Manuel Cabiedas.

La encarnación de la fe, como leemos en el título, o expresiones como “reflexión sobre la humanidad de la fe cristiana” (p. 23) permiten al lector, ya desde el inicio, comprender las dimensiones del problema en que se sitúa la obra. En efecto, el autor afronta a través de cinco capítulos el inmenso reto teológico del que la Iglesia se ha hecho radicalmente consciente a partir del Vaticano II: si “Dios invisible habla a los hombres como amigos [...] con hechos y palabras intrínsecamente unidos” (DV 2), ¿cómo acontece tal maravillosa relación en la vida concreta de los hombres y mujeres que viven el hoy de la historia? Es decir, si Dios habla en Cristo a la humanidad en su concreción existencial —*como amigos*—, este hecho implica necesariamente que debe insertarse en lo humano concreto. “La pretensión de este libro —escribe el propio autor— es la de contribuir a que el creyente en Cristo pueda repensar la profunda sintonía que existe entre la constitución relacional de su humanidad y el don divino de la fe” (p. 18). En este sentido, el planteamiento de Cabiedas no va a detenerse en lo puramente conceptual —que ya de por sí sería muy interesante—, sino que se adentra en la dimensión vivencial y existencial de la fe.

Para responder a esta cuestión tan esencial para la fe cristiana, el teólogo toledano encuentra en la figura antropológica de la empatía un lugar privilegiado. En efecto, Juan Manuel Cabiedas presenta la empatía no sólo como una categoría psicológica y filosófica, sino como una auténtica clave teológica: es un lugar capaz de abrir nuevos horizontes en la comprensión de la experiencia cristiana, un espacio donde la revelación divina se vuelve experiencia concreta en la vida de las personas creyentes.

La empatía, en efecto, no es simplemente una habilidad para ponerse en el lugar de la otra persona, sino que constituye el modo mismo en que la apertura a la alteridad —y, por tanto, a la alteridad divina— se inscribe en la naturaleza relacional de la humanidad —“identidad transitiva del ser humano como ser en relación que lleva inscrita en sí” (p. 18)—. De esta manera, la empatía aparece

como el terreno fértil donde el don de la fe puede arraigar, crecer y fructificar en formas de vida que sean signo de comunión y encuentro.

A lo largo de su libro, el autor dialoga con figuras clave de la teología contemporánea y de la filosofía, integrando aportes de autores como Balthasar, Rahner, Newman o Edith Stein, entre otros, para mostrar que la empatía, entendida en su sentido más profundo, sostiene la posibilidad de una fe auténticamente vivida, es decir, permite experimentar la fe como un dinamismo que se siente, se vive y se comunica a través de relaciones reales y concretas. De hecho, el teólogo toledano va a subrayar que una fe privada de empatía corre el riesgo de convertirse en una experiencia solitaria, desvinculada de la comunión y del encuentro. Por ello, insta a repensar la fe cristiana no como un mero asentimiento intelectual a unas verdades abstractas, sino como una forma de vida marcada por la acogida, la comprensión y la sintonía profunda con la humanidad propia y ajena. De este modo, la empatía se convierte en el cauce privilegiado por donde fluye la revelación en el presente, en medio de la fragilidad y la complejidad del mundo contemporáneo.

El primer capítulo —que junto al segundo y al tercero son de marcado carácter introductorio— evidencia cómo el “*ethos*” *cristológico de la fe* (p. 25) se expresa en la vida cotidiana a través de actitudes concretas como la acogida, la compasión o la escucha, siguiendo el ejemplo de Jesús en los Evangelios. El autor invita a reconsiderar la fe cristiana como un proceso dinámico, en el que el creyente se deja moldear por la figura de Cristo y aprende a reconocer la presencia de Dios en la trama de la existencia cotidiana. Así, la fe se convierte en una respuesta viva y creativa al don de Dios, capaz de renovar no sólo la visión personal, sino también la manera en que las personas se relacionan con el mundo y con quienes les rodean.

En el segundo capítulo —que sirve de preparación para el desarrollo posterior del concepto de empatía—, Cabiedes analiza brevemente algunas problemáticas actuales en las que el creyente practica su fe. Títulos de subapartados como “¿Realmente la fe cristiana hace al hombre ‘más humano’?” (p. 56), “Fe y cultura del amor a uno mismo” (p. 62), “La cultura del narcisismo” (p. 68) o “La insuficiencia de la auto-suficiencia” (p. 75), manifiestan el gran interés de estas páginas.

En este contexto, el autor analiza de manera particular la llamada *cultura del amor a uno mismo*, evidenciando que este ideal individualista elimina la

alteridad, clave de bóveda para la identidad personal, generando “el culto a un *ego* hipertrofiado” (p. 69). Cabe destacar positivamente que el autor no se queda en un mero análisis, sino que ofrece una mirada crítica sobre sus posibles efectos en la sociedad actual y sugiere la necesidad de recuperar el diálogo entre lo individual y lo comunitario.

En el tercer capítulo, “La empatía de la fe” (p. 95), Juan Manuel Cabiedas —de la mano de Edith Stein, aunque no sólo— se adentra en el análisis del acto psico-físico de la empatía, proponiendo un recorrido que entrelaza la primera fenomenología con la experiencia de la fe. En estas páginas se aborda cómo la fenomenología clásica permite describir de manera precisa la capacidad humana para acceder a la experiencia interna de otras personas, subrayando el valor fundamental de la relación intersubjetiva en la formación de la conciencia individual.

Para el teólogo toledano, figuras como Max Scheler y, especialmente, Edith Stein, son fundamentales para comprender que la empatía no es un mero ejercicio de simpatía superficial, por así decir, sino una modalidad compleja y específica de la intencionalidad de la conciencia, a la que se llega mediante un acto de apertura radical al otro. Según esta propuesta, la empatía permite al individuo no sólo comprender los estados internos ajenos, sino también integrar esa comprensión en el proceso de constitución personal, enriqueciendo así el sentido de la propia existencia.

Finalmente, en los dos últimos capítulos de la obra encontramos el núcleo central de la propuesta de Juan Manuel Cabiedas. En el cuarto capítulo, titulado “‘Cristogénesis’ de la fe y empatía personal” (p. 149), el autor argumenta que la cristología actualmente invita a una mayor atención a la epistemología teológica de la fe, especialmente en la densidad dialógico-simbólica presente tanto en los relatos de las apariciones del Resucitado como en las aclamaciones y fórmulas confesionales de la primitiva comunidad eclesial. En esta línea, el teólogo analiza la propuesta de Christoph Theobald sobre el vínculo entre narración evangélica y experiencia de fe.

Ahora bien, hay que decir que la *carne*, por así decir, de este penúltimo capítulo la van a poner en el asador los discípulos de Emaús —“Emaús o el Resucitado como fin de la empatía de la fe” (p. 171)—, quienes ejemplifican —*de facto*— la propuesta de nuestro autor. Ciertamente, son muy interesantes para la reflexión de la Teología fundamental los temas que presenta en estas páginas Cabiedas a partir del relato evangélico (Lc 24, 13-35), tales como la relación entre

ver al Resucitado y creer en él (p. 174), la cuestión de la *memoria Iesu* (p. 177) o la densidad simbólico-personal del Resucitado (p. 183).

Por su originalidad y ruptura formal —cosa muy valorada por quien escribe estas líneas—, es de obligada mención el *Excursus* que presenta el autor al final del capítulo cuarto —“La mirada de Rembrandt” (p. 192)—: unas pocas páginas donde el lector puede ver —literalmente— el recorrido que nos ha propuesto el teólogo toledano a través de algunas obras del pintor y grabador neerlandés. Páginas que se agradecen y valoran aún más tratándose de un libro de teología.

El último de los capítulos lo dedica Juan Manuel Cabiedas al *sensus fidei fidelis* (p. 199). A partir de algunos textos del Concilio Vaticano II y centrándose en el documento de la Comisión Teológica Internacional *El sensus fidei en la vida de la Iglesia*, el teólogo evidencia que este *sentido sobrenatural de la fe* es un dinamismo antropológico-personal propio del cristiano. El *sentido de la fe*, en efecto, no consiste propiamente en un discernimiento individual, sino que surge de la incorporación de la verdad de Dios a la experiencia humana. En este sentido, el texto de la Comisión Teológica Internacional subraya que el *sensus fidei* es un conocimiento distinto al objetivo y racional: es un saber empático o del corazón, que conecta lo que una Persona comunica y dona con la capacidad de otra de reconocerse y crecer en ese don.

Teniendo en cuenta esta posibilidad de entender el *sensus fidei fidelis* como una forma de empatía con la gracia de Dios, el autor retoma a uno de los autores citados por la Comisión Teológica Internacional como antecedente de esta perspectiva contemporánea del acto de fe: John Henry Newman (p. 218). Según Newman, la credibilidad de la fe no elimina su manifestación positiva ni su racionalidad interna, sino que sitúa ambas en el nivel correspondiente al conocimiento personal. Esta interpretación pone de relieve cómo el *sensus fidei* no sólo se refiere a un asentimiento pasivo, sino a una participación activa y vivencial en el misterio de la fe. Newman, en su análisis sobre el desarrollo doctrinal, enfatiza que la experiencia personal y comunitaria juega un papel central en la comprensión y transmisión de la verdad revelada. De este modo, la fe se concibe no sólo como una aceptación intelectual de proposiciones doctrinales, sino como una actitud dinámica y relacional hacia Dios, facilitada por la gracia y cimentada en la tradición viva de la Iglesia.

Para ampliar la propuesta de Newman, el teólogo toledano vuelve a Edith Stein, quien, según el autor, amplía esta visión al destacar la dimensión

fenomenológica del acto de fe, subrayando la importancia del encuentro existencial entre la persona y el misterio divino. De este modo, tanto Newman como Edith Stein ofrecen perspectivas complementarias que enriquecen el debate contemporáneo acerca del *sensus fidei* y muestran cómo la racionalidad y la experiencia subjetiva son aspectos inseparables en la vida del creyente —eje central de la propuesta del propio Cabiedas—.

El libro termina con un epílogo titulado “La condición mística de la fe” (p. 233). Bajo este título se presenta, a modo de síntesis, una de las ideas centrales de la obra: “La invocación del término *experiencia* representa para el teólogo todo un desafío” (p. 235). Este desafío es al que hace frente el propio Juan Manuel Cabiedas con su libro *La encarnación de la fe*. Y lo hace, hay que decirlo, de modo más que satisfactorio.

Rafael Gómez Miranda
Universidad Eclesiástica San Dámaso, Madrid